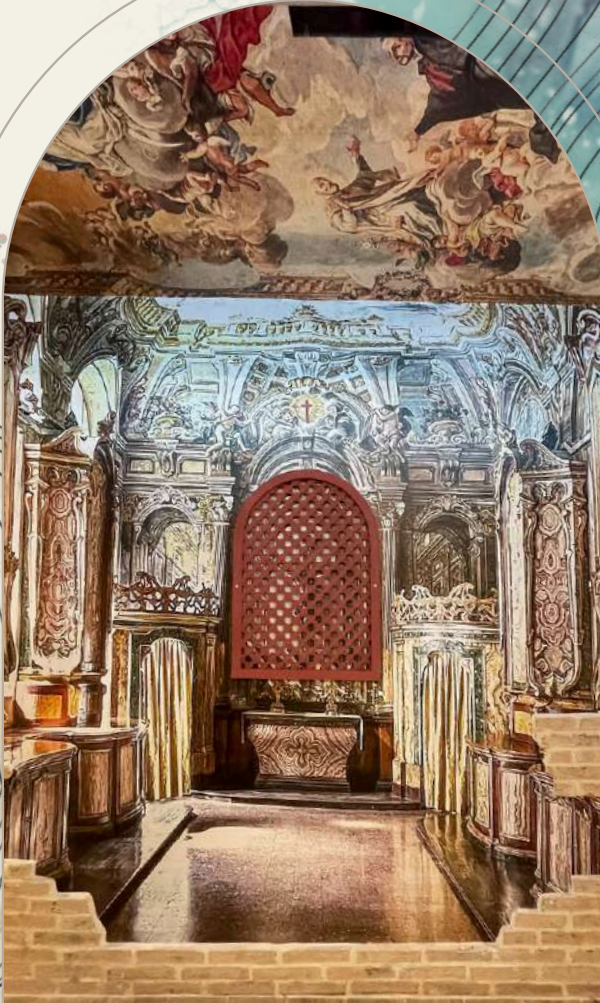


# VESTUARIOS

## CENTRO SAN CAMILO



**“LA SACRISTÍA”**



## Vestuarios Centro San Camilo

En mayo de 2024 se inauguran los nuevos vestuarios y baños de la planta baja del Centro, reformados con la subvención del 0,7 del IRPF. En ellos, se quiere evocar la importancia del servicio y, en concreto, del vestirse para el digno trabajo del cuidar.

Para Camilo de Lellis, el servicio de cuidar era semejante a la dignidad de la liturgia, en la que se trata con lo sagrado. Le reconocía así un profundo valor al cuidado y a la higiene.

Hemos querido poner en valor este aspecto carismático, evocando en estos vestuarios la sacristía de la iglesia de la Magdalena de Roma, donde se encuentra la Curia General de la Orden de los camilos. Quien entra en este vestuario es como quien se pone los ornamentos sagrados para rendir culto a Dios: ponerse el uniforme de nuestro Centro es así de noble, para la “liturgia” del cuidado a las personas mayores dependientes y enfermos al final de la vida.



José Carlos Bermejo  
Director

## El servicio como liturgia

Del libro “Todo corazón para los enfermos” de Alessandro Pronzato. P. 227-234:

En los comienzos de su pontificado, Clemente VIII se personó par de veces en el hospital del Santo Spirito.

Camilo se presentó a besarle los pies, vestido con su tosca sotana de tela negra, un poco desteñida, ajustada a los flancos con un cinturón del que colgaban dos pequeños “orinales”.

Era su hábito de trabajo que ocasionalmente se convertía en un hábito de ceremonia. Como explica el padre Cicatelli: «Solía llevar asimismo por el hospital uno o dos pequeños orinales atados a la cintura para que no tuviesen que levantarse los enfermos de la cama no fueran a caerse, se mancharan los pies o se le enfriasen».

Personalmente, desde la primera vez en que, ojeando las páginas de un volumen del padre Vanti, me enfraqué en la descripción de las actitudes (gestos y palabras) de Camilo en los hospitales, tuve la impresión, que quedó en mí imborrable e incluso se fue reforzando con el tiempo, de que se trataba de una solemne celebración litúrgica.

Sí. Celebraba diariamente la liturgia de la misericordia, de la atención al prójimo necesitado, del consuelo, de la ternura.

Aquí el servicio reencuentra su significado originario de «culto tributado a Dios».

Él es sacerdote. Pero no celebra únicamente en el altar.

También el hospital se convierte en lugar de la celebración, del culto.

Adelante, pues. La liturgia va a comenzar.

Es preciso ponerse los ornamentos sagrados. Un vestido pesado adornado con los dos famosos orinales. Pero «llevaba asimismo tres frasquitos atados a la cintura, uno de agua bendita, otro de vinagre y un tercero de agua hervida para refrescarles la boca». y asimismo una «escudilla de cobre donde pudieran escupir cómodamente». Y a la vez un par de «cazuelas de estaño para hacer las sopas» a los más debilitados. Naturalmente habría que añadir el crucifijo y el libro de los moribundos. En suma, un celebrante que «parecía un ganapán: ¡tan cargado iba!».

Así, pues, puede comenzar el rito.



Camilo es escrupuloso en la observancia de las rúbricas.

Ante los enfermos está habitualmente de rodillas, con la cabeza descubierta.

Él usa los apelativos adecuados y justos: «Dueños y señores».

No falta el acto penitencial. Muchas veces, mientras atiende a un enfermo se le oye confesar sus propios pecados. ¡Qué diantres! Se le presenta la ocasión única, en esta tierra, de pedir perdón de las propias culpas directamente al Señor que se halla acostado en aquel miserable jergón.

La acción de gracias alcanza los momentos más significativos de la liturgia. Pero la palabra «gracias» no procede de los enfermos, sino del celebrante que considera un gran privilegio poder oficiar aquel rito y acercarse tan íntimamente a la persona de su Señor.

Exige por parte de todos los participantes el más riguroso respeto a las reglas.



No faltaba, como es fácil imaginar, según los lugares y los tiempos, el incienso. Por más que dicho incienso era de cierta calidad bastante áspera como para hacer que no pocas personas se taparon las narices para no oler. Pero, para aquel tipo de servicio litúrgico, había que poseer un estómago refractario a las hediondeces más asquerosas.

Los ritos eran muy variados: cortar el pelo, peinar, cortar las uñas, calentar los pies, secar camisas saturadas de sudor y de otras cosas, aplicar los cauterios, humedecer las sienes, poner vinagre rosado bajo las narices, lavar y secar las manos, dar de comer en la boca.



Daba mucha importancia a los ritos conclusivos. Después de haber honrado de las diversas maneras en las que era experto a Nuestro Señor, se despedía del enfermo besándole las manos, la cabeza, los pies o las mismas llagas.

Especialmente ponía la atención y toda la delicadeza en dar de comer en la boca a los pacientes. Tanto que un testigo ocular como el padre Cicutelli comentaba que «Si él hubiera tenido cien manos las hubiera empleado las cien en aquel servicio»

No vacilaba en interrumpir la liturgia y abandonar precipitadamente el templo. Como aquella vez en que, mientras pontificaba en la «casa de locos» del Santo Spirito, puso sus ojos en «un pobrecillo todo consumido, pero tan afeado y lleno de suciedad que no se le podía mirar sin gran asco».

Entonces dejó los ornamentos y corrió a casa, sin informar a nadie acerca de sus propias intenciones. Enseguida, se presentó en el hospital provisto de una gran palangana de cobre, un trozo de jabón, una toalla y un manojo de hierbas olorosas.

La función siguiente... bautismal (con agua caliente y perfumada) fue realizada a base de enérgicos restregamientos, así como de besos y de caricias. Pero no todas las liturgias eran agradables y alegres. Las aclamaciones con frecuencia alternaban con los improperios.

Ya anciano, Camilo recordará: «He recibido de los enfermos frecuentemente puñetazos, golpes, esputos e injurias de todas clases, por otra parte, con gran contento y alegría ... puesto que los enfermos pueden no sólo condenarme, sino insultarme y proferir injurias contra mí como verdaderos legítimos dueños míos que son».





Y tampoco eran liturgias fáciles. Había que estar preparado.

para soportar «fatigas terribles». A Camilo lo vieron llevando a hombros mesas, bancos, jergones y toda clase de quincallería. Y esto incluso cuando el «gigante» se hallaba ya debilitado por los años.

Le habían impuesto el sobrenombre de «fray Cristóbal» cuando se hallaba entre los capuchinos. Pero sólo en los hospitales le fue otorgado el poder «transbordar» los pesos más diversos (hombres y cosas).

Estaba siempre dispuesto a celebrar, en cualquier momento. Disponible incluso por las noches. No cedía a nadie aquel privilegio. No se echaba atrás cuando había que hacer frente a la lluvia y los pies se quedaban aprisionados en el fango, o cuando había que soportar los terribles castigos del sol de agosto en Roma.

Ciertamente, era preciso «apretar las espuelas contra este caballo de nuestro cuerpo, para hacer que se apresure y acelere el paso», según una expresión suya habitual.

Había madurado bien aquello, que es de todos sabido, de que «la caridad no busca sus propias comodidades».

Sí. Se trataba de un culto incómodo en proporción a su utilidad y grandeza.

Por otra parte, el que sirve, en la lengua griega, es el diakonos, es decir, aquel que, ceñido el vestido, sirve a la mesa y se amolda a los servicios más humildes y pesados.

Y esto no está en oposición a la dimensión cultural a la que hemos aludido al principio.

El término liturgia, literalmente, significa «obra pública», servicio.

El liturgo es un siervo, un ministro.

Y entre otras cosas, parece significativo el hecho de que Camilo de Lellis, cuando se trató de elegir de manera definitiva en el nombre que había que dar a la compañía, prefirió, contra el parecer de muchos, el de «ministros de los enfermos». Y no aceptó la palabra siervos, como si se subrayara no un servicio cualquiera, sino un servicio que tiene que ver con el altar.



Y una última anotación. La liturgia celebrada por Camilo de Lellis, ministro de los enfermos, no sólo exigía una extraordinaria elasticidad del espinazo (voz del verbo doblar), sino también el deber de mancharse las manos. No. Aquélla no era una liturgia que exigiera las manos limpias, sino todo lo contrario.

Cuando veía a algún hermano un poco melindroso respecto a ciertos ritos, o alérgico ... al perfume del incienso que emanaba de los jergones, lo llamaba y se lo llevaba junto a ciertas camas que él sabía. Y así, hacía que lo ayudaran a ordenar, como se debía, cualquier cosa del enfermo (operación de limpieza) se preocupaba él, ante los OJOS desencajados del hermano melindroso.



